

billete había sido encontrado en una calle, y aquel joven, antes de llevarlo á cambiar, había buscado inútilmente á su dueño.

— Pero ¿quién encontró el billete?

— Tu escribiente, el que te he dicho.

El abogado se quedó más pensativo.

— Pero ¿y el retrato?, preguntó la señora.

Su marido la contestó de pronto:

— Ve á preguntar á Amalia cuánto tiempo hace y qué día le habló del billete aquel sujeto.

La señora salió, y á poco se asomó á la puerta diciendo:

— Tu escribiente predilecto hizo cambiar el billete en uno de los últimos días de marzo.

— ¡Ah!, exclamó el abogado, ya no queda duda.

Así diciendo, dominado por un repentino sentimiento de compasión y remordimiento, dió vueltas con mano convulsa al retrato, y luego, fijando la vista en la imagen de aquella pobre madre, dejó caer sobre ella una lágrima y le pidió perdón.

## XI

A la mañana siguiente Ricardo salía de su casa temprano y se dirigía á casa del abogado de Alberto. Frustradas todas sus esperanzas de encontrar una colocación para el pobre joven, pensó que tal vez fuese mejor el intentar que le admitiesen de nuevo en el bufete, proporcionándole así, con el sustento que tanto necesitaba, una reparación de honor á la cual tenía derecho.

El abogado, iba pensando por el camino, no ha encontrado el billete, pues de lo contrario, Alberto me asegura que habría reparado el error. Se podría, pues, hacerle creer que lo ha encontrado mucho tiempo después, hoy mismo, otro

empleado del bufete con el cual me pondré de acuerdo para inventar alguna historieta verosímil. Si el verdadero billete ha caído en manos de alguien, éste no vendrá por cierto á decirnos: «Lo he encontrado yo, sois unos impostores,» porque si hasta ahora no lo ha devuelto, no podrá ya devolverlo. Pero es menester encontrar quien se preste al engaño. ¿Y quién se negará cuando yo vaya y le diga: «Doy á usted mi palabra de honor, y todos mis amigos están dispuestos á dársela también, de que ese joven no puede haber robado?» Y además..., además, si la cosa no sale bien, siempre convendrá que el abogado sepa que ese desgraciado joven tiene quien lo aprecie y quien lo cree inocente.

Era un día húmedo y triste que parecía presagiar una semana de lluvia. Al llegar á la plaza de la Catedral, Ricardo vió agolpada mucha gente alrededor de la torre del Giotto, particularmente junto á las dos cancelas que cierran el espacio entre la torre y la iglesia. Sin acercarse, preguntó á un transeunte qué había sucedido.

— Que se ha tirado un hombre desde lo alto del campanario, contestó el interpelado, con ese acento forzado de lástima y esa sonrisa de complacencia satánica que en tales ocasiones se ve en la cara de la mayor parte de los curiosos.

— ¿Y ha muerto?, preguntó Ricardo.

— ¡Figúrese usted!, respondió el otro sonriendo. Se ha destrozado. Hay un lago de sangre. Vaya usted á verlo.

Ricardo siguió adelante sin hacer caso de semejante invitación, pero aún no había dado diez pasos cuando retrocedió presuroso y preguntó al mismo individuo:

— ¿Y quién es ese hombre que se ha matado?

— Dicen que un tal Rivarolo, un empleado, hombre de unos cuarenta años: ¡si viese usted qué desfigurado está! Da

horror. Yo he sido de los primeros en verlo. Acérquese usted antes que lo tapen.

Ricardo siguió su camino.

A los pocos minutos llegó á casa del abogado. Había pensado ya con quién hablar, y por esto, al entrar, preguntó desde luego al portero por el empleado más joven. El portero le dijo el nombre del amanuense á quien ya conocemos, y Ricardo, dándole su tarjeta, le rogó que le anunciara.

Poco después se presentó el amanuense. Era hombre de traza mezquina y vulgarísima, que llevaba el sello de esa petulancia desmañada de los dependientes que charlan de modas con las señoras. Atildado como siempre y sonriente, se inclinó, hizo pasar á Ricardo á otra habitación, cerró la puerta y preguntó con voz obsequiosa:

— ¿En qué puedo servir á usted?

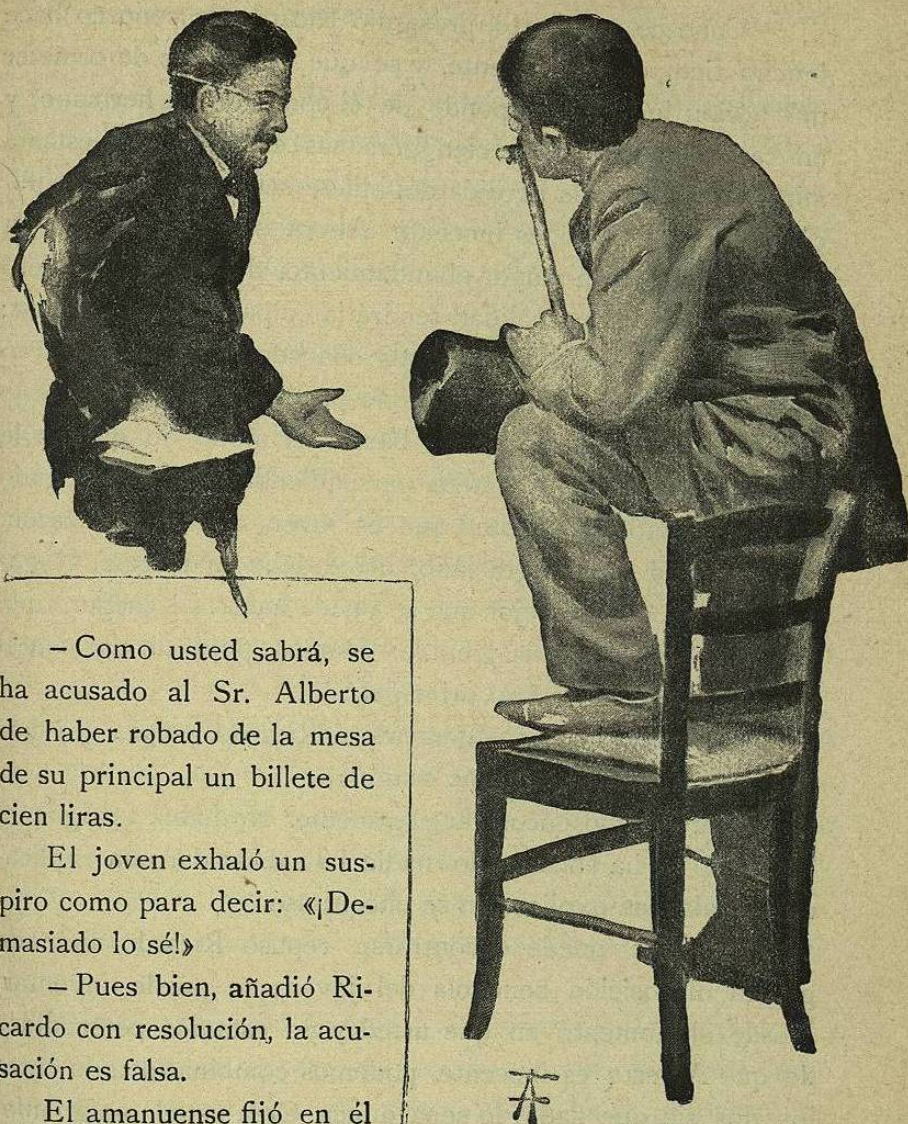
Ricardo era un buen mozo, robusto, moreno, con unos ojos de penetrante mirada y ese porte vivo y franco del caballero napolitano que contrasta con la gravedad un poco tosca de los septentrionales. Apenas se encontró en presencia del amanuense (sobre el cual no tenía aún la menor duda), fijó en su rostro, siguiendo su costumbre, una mirada sutil y profunda que le obligó á hacer una ligera inclinación.

— Soy amigo de un conocido de usted, dijo con acento lleno de cortesía, del Sr. Alberto P., que ha sido algún tiempo amanuense en este bufete.

El escribiente se inclinó de nuevo.

— He venido, prosiguió Ricardo, no enviado por él, pues ignora que doy este paso, sino espontáneamente, por impulso de conciencia, á rogarle á usted que me ayude á cumplir un deber.

El escribiente hizo un movimiento de extrañeza.



— Como usted sabrá, se ha acusado al Sr. Alberto de haber robado de la mesa de su principal un billete de cien liras.

El joven exhaló un suspiro como para decir: «¡Demasiado lo sé!»

— Pues bien, añadió Ricardo con resolución, la acusación es falsa.

El amanuense fijó en él una mirada turbada; pero no advirtiendo en aquel rostro ni asomo de otro pensamiento, se tranquilizó é hizo un ademán respetuoso que significaba: «También yo me inclino á creerlo así.»

¿En qué puedo servir á usted?

— Conozco á Alberto, prosiguió Ricardo, le conozco hace mucho tiempo, íntimamente, y sé que es incapaz de cometer una acción indigna: respondo de él como de un hermano, y en caso necesario, otras cien personas estarían dispuestas á afirmar lo mismo; la pérdida del billete será una cosa inexplicable; pero Alberto es inocente. Ahora se ve reducido á la mayor miseria y, á mayor abundamiento, deshonorado. Quiero creer que sólo la casualidad tendrá la culpa de esta injusticia; mas por lo mismo, todos cuantos conocen á ese pobre joven están en el deber de hacer cuanto puedan para devolverle lo que ha perdido. Sería preciso buscar el modo de que se le admita de nuevo en el bufete, persuadiendo al señor abogado de que es inocente. Usted que es joven, que tiene corazón, que conoce á ese desgraciado, usted debe ayudarme. Hagamos entre todos lo mejor que se pueda hacer. Le aseguro que será una acción buena y noble. Veamos, pues, de dar con el medio de convencer á su principal.

El amanuense miró fijamente á Ricardo, y cada vez más tranquilo, exclamó con voz lastimera:

— Pero ¿cómo encontrar ese medio? No había testigos, el billete no se ha encontrado, nadie ha sabido dar una explicación; ojalá esa explicación se encontrase.

— Es que puede encontrarse, repuso Ricardo animado por la disposición benévola del joven; se puede inventar. Desde el momento en que usted y yo estamos persuadidos de que Alberto es inocente, podemos combinarlo todo entre los dos sin que nadie lo sepa nunca. Crea usted, amigo mío, que se lo agradeceré toda mi vida.

Y al decir esto, le cogió las manos y se las estrechó con un impulso del corazón.

— Pero ¿qué se puede decir?, ¿qué se puede inventar?, pre-

guntó el amanuense rascándose la cabeza y fingiendo que reflexionaba.

— Pues se dice que se ha encontrado el billete, contestó Ricardo, y se presenta al abogado un billete de cien liras: el billete lo daré yo; usted se lo presenta á su principal, fingiéndose contento de haber dado con la justificación de un amigo, y le dice: «Aquí está el billete que creía usted perdido; lo he encontrado yo.»

— ¡Yo!, exclamó el amanuense turbándose ligeramente.

— ¿Hay algo más natural?, repuso Ricardo animándose y tomando una mano del joven.

— Pero..., repuso éste vacilando, encontrar un billete... intacto... al cabo de tanto tiempo..., ¿dónde?, ¿de qué modo?..., ¿cómo explicar que haya desaparecido?

— Muy bien. Combinemos juntos la explicación. Oiga usted una, por ejemplo. Cuando el abogado se levantó para salir de su despacho, donde Alberto se quedó solo un rato, al levantarse hizo volar el billete de la mesa. Cerca de ella estaba la chimenea encendida: el billete cayó en el fuego y se quemó casi todo. El criado lo recogió por la noche juntamente con otros papeles con los que estaba confundido, y lo echó todo en un cesto. Usted, buscando una carta perdida, fué á revolver los papeles del cesto... Pero ¿por qué le parece tan extraño el caso?

Ricardo, mirando de pronto al amanuense, le cogió al vuelo una expresión de turbación tan inesperada, que prorrumpió en aquella brusca pregunta. Sin pensarlo, había propuesto dar por cierto lo que en realidad había sucedido, con la única diferencia de que el escribiente registró la cesta al otro día de la pérdida del billete, en vez de registrarla el mismo día, como Ricardo proponía.

— ¿Por qué le parece á usted tan extraño?, repitió éste mirando con más fijeza al joven.

Pero éste había perdido del todo la brújula y no sabía qué decir ni adónde mirar.

En vez de remediar del mejor modo posible su primera imprudencia, estuvo un rato sin contestar, encarnado, confuso, mirando al suelo, y luego dijo de mala gana:

— No..., yo no quiero meterme en esos compromisos..., ni tampoco quiero motivar sospechas.

— ¿Sospechas?, preguntó con extrañeza Ricardo. ¿Sospechas de qué ó de quién?

— Sospechas... de mi honradez, balbuceó el amanuense en el colmo de la confusión.

— ¡De su honradez!, exclamó Ricardo mirándole bien á la cara. Pero ¿qué diablo está usted diciendo?

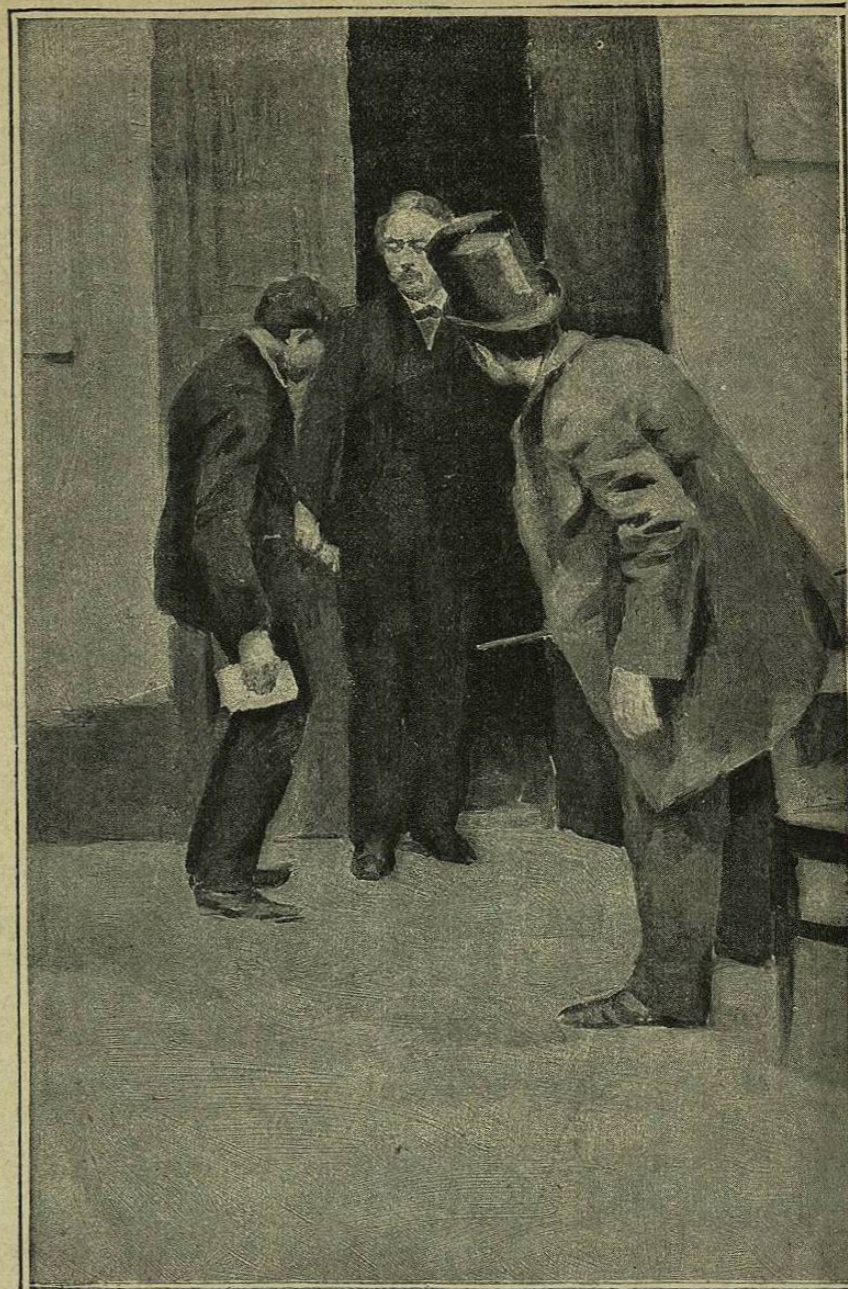
— Sí, señor, contestó en alta voz el amanuense, que echando de ver el paso en falso que había dado habría querido reponerse, mas no sabiendo dónde agarrarse, hablaba á tontas y á locas. ¡Sospechas de mi honradez! Y mi honradez está por encima de todas las sospechas. Soy bastante conocido: nadie puede decir nada de mí. Pregunte usted á mis compañeros, á mi principal, á quien quiera. Yo no entro ni quiero entrar para nada en el asunto. ¿Ha entendido usted? Y el Sr. Alberto que se ocupe de sus cosas y deje en paz á quien lo deja en paz. Y punto concluído.

Ricardo soltó una sonora carcajada.

— ¿Sabe usted, dijo cruzándose de brazos y estirando las piernas, que cualquiera diría que el ladrón ha sido usted?

El amanuense perdió el color, y retrocediendo hacia la puerta, dijo con voz sofocada:

— ¡Tenga usted cuidado con lo que dice!..



Una mano desconocida había agarrado el brazo del escribiente...

— ¡Ah! ¡Ahora empiezo á comprender!, contestó Ricardo poniéndose el sombrero y lanzándose hacia adelante.

Mas de pronto se detuvo. Una mano desconocida había agarrado el brazo del escribiente en el umbral de la puerta. Éste se volvió bruscamente, y viéndose delante del abogado, dió un paso atrás y se quedó un momento recostado en la pared, como petrificado.

— Pues bien, sí, murmuró casi sin voz; ¡yo he sido!

Y se marchó lentamente, rozando la pared con la espalda, como muchacho á quien se amenaza con pegarle un puntapié.

## XII

Julia se había levantado aquel día muy temprano, después de un sueño breve y agitado por dolorosas pesadillas. La noche antes Alberto le había parecido más desconsolado que de costumbre, más de una vez le había sorprendido con las lágrimas en los ojos, y después de pasar un buen rato animándole, no obtuvo otra contestación sino «¡Ah, Julia! ¡No puedo vivir así!» Habíase dormido con el corazón traspasado por aquellas palabras, y al despertarse le había parecido que todavía las estaba oyendo.

Se vistió de prisa y fué á llamar á la puerta del cuarto de Alberto, esperando el acostumbrado «¡Adelante!,» pronunciado con voz cansada y melancólica. No oyendo respuesta, llamó de nuevo: nada: entonces abrió y entró. Alberto no estaba. Julia permaneció un rato inmóvil y pensativa, con los ojos fijos en la vela enteramente consumida. Luego se acercó á la ventana y miró afuera; el cielo estaba encapotado; poco á poco fué apoderándose de su corazón el presentimiento de una desgracia; volvió después á su cuarto, se sentó, apoyó la cabeza en